

A large military helicopter, possibly a Sikorsky UH-60 Black Hawk, is shown in flight, hoisting a person in a rescue basket. The helicopter is positioned in the upper half of the frame. Below it, a person is suspended in a basket, hanging from a rope. In the background, there is a large, open field with some buildings and a tall tower. The sky is blue with some clouds. The overall scene suggests a military training exercise or a rescue operation.

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

CONTROL MILITAR

TERRY MASTERS

CONTROL MILITAR



Carole Podía oír el reloj tictac En la cocina silenciosa. Estaba sentada a la mesa de la cocina, vestida solo con una camiseta de Mike y unas bragas de algodón. El calor de la taza de café, entre sus dedos, contrastaba con el frío del suelo. Aunque era primavera, aquí en el desierto las noches seguían siendo muy frías. Sabía que en pocas horas, la casa se convertiría en un horno y se uniría a la multitud de esposas de militares que buscarían refugio en uno de los principales edificios con aire acondicionado, como el PX o el centro de recreación

Pero el aire acondicionado era lo último que le preocupaba. Podía oír a Mike arriba, en el dormitorio, preparándose para salir con su unidad en maniobras de entrenamiento. Como de costumbre, no pudo decirle cuánto tiempo estaría fuera, pero eso significaba que ella no sabía cuánto tiempo tendría que sufrir, junto con los otros oficiales. esposas Mientras soportaban la Orden Permanente #1 en ausencia de sus maridos. Ella levantó la vista hacia la puerta principal cerrada y volvió a leer las crudas letras escritas con plantilla. Ella casi podía oír La voz de Lisel en su oído mientras se susurraba a sí misma: *"Toda persona femenina debe mantener la seguridad de su persona en todo momento"*. Carole se estremeció y miró fijamente su café. Sólo Lisel, la esposa del oficial al mando, podía interpretar tal cosa. a declaración simple en semejante De una manera deformada y retorcida.

Se oyeron más ruidos de cremalleras cerrándose y cajones abriéndose y cerrándose de golpe en el piso de arriba. Ansiaba que

terminara, pero lo temía con la misma intensidad. Finalmente, Mike le gritó que ya era hora. Ella respondió con la mayor alegría posible, tomó otro sorbo de café y subió las escaleras hacia su dormitorio.

Estaba tan guapo con su uniforme de combate que, por un momento, olvidó por qué la habían llamado. Pero una mirada a la cama fue suficiente para confirmar que nada sería diferente hoy que las otras mañanas de partida. Tenía una sonrisa pícara y la cabeza ladeada, como siempre hacía cuando intentaba animarla.

Vamos, Carole, no es tan malo. Todas las mujeres de esta base tienen que aguantarlo. ¿Por qué no te acostumbras y sigues adelante?

Porque soy como cualquier otra mujer de esta base. No lo toleramos... lo aguantamos. Simplemente no entiendes cómo es.

Él empezó a decir algo, pero ella lo interrumpió: "No te molestes. No eres una mujer. No puedes saberlo. Ahora sigamos adelante antes de que pierda el valor".

Claro, cariño. Lo que tú digas. Mira, tengo que preguntarte: ¿te afeitaste?

Dejó que su mano derecha se acercara un poco a su vulva, casi como reacción. Asintió: "¿Qué te parece? ¿Que quiero darle a Lisel la oportunidad de volver a insistir?".

Hizo un gesto de trivialidad: "Tranquilo, no me arranques la cabeza. Solo preguntaba".

Ella lo fulminó con la mirada y luego caminó con determinación hacia la cama y se paró junto a ella. Hizo un breve y sumiso gesto de seducción antes de quitarse la camiseta y las bragas. Él la miró con admiración mientras recogía lo que Carole había llegado a conocer como la Mariposa.

El Butterfly era un cinturón de castidad de diseño único. Constaba de dos aros metálicos unidos mediante bisagras con resorte a una jaula a medida que se ajustaba perfectamente a la vulva de la usuaria. Cada aro ascendía desde la parte frontal hasta cruzar el hueso de la cadera y luego descendía sobre las nalgas de la usuaria hasta volver a encontrarse con la jaula. Su principal ventaja era que presionaba constantemente la jaula contra los labios inferiores de su ocupante. Independientemente de si se subía o bajaba de peso, independientemente del tipo de ejercicio que se intentara, la jaula nunca cedía en su inflexible presión y deber.

Carole observó cómo Mike recogía su propia mariposa y se arrodillaba frente a ella. Pasó por los aros y separó un poco los muslos mientras él la subía por sus piernas, colocándola de modo que la jaula rodeara su vulva recién depilada. Sujetándola con una mano, se quitó la cadena de su placa de identificación y tomó una llave triangular que colgaba de ella.

Carole respiró hondo y se llevó las manos a la cabeza. Miró al techo porque no soportaba ver lo que sucedía a continuación. Mike insertó la llave en la ranura especial del borde de la jaula y la giró. Al instante, los dos aros, bajo la presión de un resorte, se cerraron firmemente alrededor de los huesos de su cadera, presionando hacia adentro y bloqueándose. Un segundo juego de resortes empujó la jaula contra su pelvis. Ella gimió y se mordió el labio. Después de que Mike le sacara la llave especial, dio unos pasos con las manos aún en la cabeza. Al bajar los brazos, respiró hondo. Era consciente de la mirada de Mike sobre ella y, por experiencia, sabía que tenía una erección rígida en sus pantalones.

Nunca supo si era dolor o simplemente una incomodidad constante. En fin, le costó muchísimo acostumbrarse. Se paseó por la habitación con cuidado, sintiendo cómo los eficientes resortes y mecanismos de equilibrio ajustaban la jaula a mayor profundidad,

comprimiendo sus labios inferiores y provocando lo que se convertiría en un dolor sordo y prolongado en sus entrañas, que le recordaría, incluso dormida, que sus dedos ya no podían darle placer y que solo podría aparearse con su marido.

Cuando recuperó el control, se giró y vio a Mike poniéndose de nuevo las placas de identificación y, con ellas, una de las dos únicas llaves de su cinturón. La otra, se recordó, estaba en una gran anilla en el escritorio de Lisel en la sede. Solo si Mike perdía la suya o moría, se usaría la segunda llave.

Mike hizo un gesto de entregarle la camiseta que acababa de tirar, pero ella negó con la cabeza. Su rostro se quedó perplejo por un momento y luego dijo: «Ah, lo siento. Lo olvidé. No puedes cubrirte eso en casa, ¿verdad?».

Ella le sonrió tan dulcemente como pudo: “No querido, no lo soy y ese es solo el comienzo de las reglas de Lisel para asegurarse de que ella y sus espías sepan todo lo que hacemos”.

Se acercó a ella y la abrazó, dejando que la áspera tela de su uniforme le estimulara los pezones. Ella gimió de frustración. Le encantaba cuando lo hacía. Le encantaba hacerlo con él cuando llevaba ropa áspera, pero ahora que el cinturón de castidad estaba puesto, no podía quitárselo hasta después de su misión. Cuando le tomó la cabeza entre las manos y la levantó para besarla, su lengua separó sus labios y la invadió. Sintió el calor de la excitación florecer en sus entrañas. Gimió de frustración y fastidio.

—No —dijo ella mientras se separaba—. No está bien. No es justo que me hagan eso estando encerrada.

Él le dirigió una sonrisa traviesa y dijo: "Un chico tiene que divertirse un poco, ¿no?"

"De eso se trata", dijo mientras rebuscaba entre sus cajones buscando una camiseta corta. "Tú te quedas con toda la diversión, y nosotros con toda la espera".

Tomó su bolsa de equipo y se dirigió a la puerta. "Yo no hago las reglas, cariño, solo las sigo".

"Todos los seguimos", murmuró para sí misma mientras lo veía desaparecer por el pasillo.

En los breves segundos de relativo silencio antes de empezar a caminar por el pasillo, oyó la voz de Tammy, desde la habitación de al lado, gritar y luego sollozar. Sin duda, pensó, Tammy estaba siendo adaptada a su propia versión de la Mariposa; después de todo, todas las mujeres de la base tenían una, gracias a Lisel, pero era raro que Tammy armara tanto alboroto. La imaginación de Carole no tuvo que esforzarse demasiado para encontrar varias razones plausibles por las que su amiga pudiera estar en apuros. Todas tenían que ver con Lisel y ninguna era agradable.

Siguió a Mike escaleras abajo y lo besó apasionadamente antes de despedirlo y acompañarlo a la puerta. Su mano recorrió las tiras metálicas de la mariposa donde le atravesaba las nalgas y ella vio un destello de fuego en sus ojos. Para cuando regresó, la idea de verla encerrada y excitada convertiría esa pequeña chispa en una llama de excitación. Intentó corresponderle el coqueteo, pero por ahora, la mariposa aún era algo a lo que tenía que acostumbrarse. Lo único que pudo hacer fue sonreír.

Un segundo después, él cruzó la puerta y ella estaba cerrando la mosquitera. La dejó sin llave para que Tammy entrara. Se quedó observando a su esposo mientras esperaba su aventón. Unos minutos después, oyó el portazo de la puerta de al lado y Jeff, el esposo de Tammy, salió para reunirse con Mike. Unos segundos

después, un jeep se detuvo y se los llevó. Carole fue a la cafetera y preparó otra. Tammy llegaría en cualquier momento.

Pasaron diez minutos, el café terminó de gotear, y aún no había rastro de Tammy. Carole se acercó a la pared que unía las dos cocinas y la golpeó con fuerza con los nudillos: «Oye, Tam, ¿vienes? ¡Tranquilo y reconfortante!».

—Oh, no, Carole, nunca lo creerás.

“¿Creer qué?”, gritó ella.

Escuchó un sollozo y luego: "Solo trae el maldito café y te lo mostraré".

Intrigada, Carole agarró la cafetera y salió por la puerta principal. Solo faltaban tres metros para llegar a la puerta de Tammy y, aunque estaba casi desnuda, no habría parecido raro que la vieran. Para entonces, todas las mujeres de la base también estaban encerradas. Nadie la miraría dos veces. Aun así, sentía que le ardían las mejillas de humillación al pensar que un desconocido la viera. Se coló en la cocina de Tammy y casi dejó caer la cafetera al verla.

Al igual que Carole, Tammy llevaba una camiseta corta. Pero en lugar del cinturón de castidad con mariposas, esperaba ver las entrañas de su amiga cubiertas por un pañal muy grueso sellado dentro de unas bragas de plástico perfectamente transparentes. Parecía absurdo y Carole jadeó de sorpresa mientras intentaba asimilar lo que veía. Bajó lentamente la cafetera a la mesa mientras su mente luchaba por encontrar las palabras para expresar su asombro. Miró el rostro lloroso de Tammy con una expresión de absoluta incredulidad.

"¿Pañales?", fue todo lo que Carole pudo decir. Hubo una pausa incómoda y luego continuó: "¿Por qué no te los quitas?"

Fue una estupidez, y en cuanto escuchó sus propias palabras, se arrepintió. Obviamente, Lisel había encontrado una forma astuta de que Tammy tuviera pocas opciones. Tammy habló después, dando la explicación.

Si lo hiciera, me mearía por todas partes. Ayer llamaron a Jeff a la oficina de Lisel. Le dio una sonda urinaria femenina, una caja de pañales y calzoncillos de plástico. Le dijeron que no me dijera nada hasta esta mañana. Estaba preparándome para la mariposa cuando me dio la mala noticia. Menos mal que tiene formación médica, o habría sido peor.

"Peor..."

Tammy rompió a llorar: "¡Ay, Carole, me arde muchísimo! Y lo peor es que no puedo controlar la orina; se me sale todo el tiempo".

Carole conocía bien la mente perversa de Lisel. Comprendió al instante lo que había logrado. Al insertar el catéter, Tammy solo sufriría más molestias si se permitía excitarse. Era tan efectivo como un cinturón de castidad, pero en cierto modo mejor. Carole imaginó cómo sería para Tammy realizar sus tareas diarias con una prenda tan evidente. Le sería imposible ocultar los pañales, sobre todo con el estricto código de vestimenta de Lisel para las esposas de los oficiales. Justo cuando estaba a punto de decirle algo tranquilizador a su amiga, llamaron a la puerta.

el rostro de Tammy y se adentró en la cocina susurrando con voz ronca: «Oh, por favor, contesta. No puedo dejar que me vean así».

A Carole no le hacía ninguna gracia que la vieran desnuda de cintura para abajo, salvo por su cinturón de castidad, pero comprendía que sería más fácil para ella soportar esa vergüenza que para Tammy enseñar sus pañales. Asintió y se dirigió a la

puerta principal, la abrió un poco y echó un vistazo por el borde. Había un mensajero militar allí con una caja grande en un camión volquete. Carole lo reconoció como uno de los contenedores de ropa usados para las mudanzas de casas militares. El mensajero dijo que tenía un paquete para Tammy y le pasó una carpeta por la puerta hacia Carole. Ella firmó el albarán de entrega y le dijo que lo dejara en la entrada.

—No lo sé —dijo, mirando con curiosidad la ventana de la cocina—. Es bastante pesado.

No te preocupes. Nos encargamos.

Con aspecto decepcionado, el conductor regresó a la camioneta y echó un último vistazo a la casa antes de irse. Carole regresó para consolar a la angustiada Tammy, que ahora estaba sentada con las piernas cruzadas en medio del suelo de la sala. Al acercarse a su amiga, Carol pudo ver lo ajustadas que eran las bragas de plástico, que cubrían el grueso fajo de tela entre los muslos de Tammy. Ya había una mancha redonda reveladora en la parte delantera del pañal. Se preguntó cuánto tiempo la dejaría Tammy sin cambiarle el pañal.

Tammy levantó la vista con lágrimas en los ojos, pero con una pregunta en los ojos. "Una caja de armario", dijo Carole. "Seguro que es de Lisel y apuesto a que es ropa nueva para ponerte encima de tu ropa interior nueva".

Tammy se tapó la cara con las manos y lloró desconsoladamente. Carole se arrodilló a su lado y la abrazó.

Tammy la rescató diciendo: "¡Soy Lisel! ¡La muy zorra me ha ordenado usar pañales para esta ronda!".

—Intenta tomarlo con calma —dijo—. Al menos puedes cambiarlos cuando quieras.

Tammy negó con la cabeza con fuerza. «Ve a leer la nota», sollozó mientras señalaba hacia arriba, refiriéndose al dormitorio. Carole empezó a subir las escaleras y se detuvo. Recordó con fuerza que subir escaleras en mariposa era algo que se hacía con cuidado y lentitud, o sentiría mucho dolor. Respiró hondo para calmar el dolor y continuó con más cautela, pero al llegar arriba, estaba angustiada.

En el dormitorio, encontró la caja abierta que Lisel había usado para los pañales, el catéter y las bragas de plástico. Tomó la nota manuscrita y reconoció los adornos europeos de Lisel. En un instante, apretó los dientes con frustración. La imaginación de Lisel no se había detenido en los catéteres. A Tammy solo le habían dado unos pocos pañales. Tendría que tener mucho cuidado para asegurarse de que hubiera uno seco para cambiarse. Dobló la nota con cuidado y la devolvió a la caja. Se detuvo un momento para observar su dormitorio, idéntico al suyo, incluso en los muebles. Los bordes del cabecero y el pie de cama le llamaron la atención. Al igual que el suyo, estaban desgastados y arañados por años de ataduras. Sintió una pequeña oleada de calor al recordar las muchas veces que la habían mantenido con los brazos y piernas abiertos mientras Mike la enviaba a la órbita.

Por un instante, imaginó a Tammy igualmente contenida. Para su sorpresa, la excitó. «Ten cuidado», se susurró a sí misma, «si Lisel se entera, podría hacerte usar aún más de sus juguetes». Regresó lentamente a la planta baja, preparó una bandeja con el café y se la llevó a Tammy. Mientras permanecían sentadas en silencio, cada una intentando recuperar la compostura, Carole recordó la primera vez que había visto ese lugar.

Su mente se remontó a días más felices. Había conocido a Mike mientras trabajaba como mecanógrafa civil en una gran base militar cerca de su casa. Era todo lo que ella había deseado en un hombre: mayor, maduro, elegante, sensible y en plena forma.

Durante todo su noviazgo, él no había hablado de otra cosa que no fuera de sus posibilidades de entrar en esa unidad especial. Su sexo había sido picante desde el principio. La llevó a ver *Story of O* y empezó a fabricar artículos de bondage en su tiempo libre. A ella le divertía e intrigaba todo y disfrutaba de la variedad que les daba a sus relaciones sexuales, pero nunca se lo tomó en serio. Era la princesa de las hadas en el castillo de la bestia. Le encantaba sentirse indefensa y eso era lo que la excitaba cada vez que Mike le quitaba las ataduras. Llevaban solo un mes casados cuando el ejército los envió a Chicago para entrevistas con Drake, el marido de Lisel y comandante de la unidad. Carole se sorprendió de que se suponía que debía ir con él.

Así que hicieron de ello una segunda luna de miel. Drake y Lisel se mostraron encantadores y hospitalarios. Invitaron a la joven pareja a cenar y a beber como si fueran famosos. A menudo, el anfitrión esperaba a que sus invitados se relajaran con un par de copas antes de empezar a hablar de las opiniones de Mike y Carole. No escatimaron esfuerzos, ni siquiera una hora incómoda hablando de su vida sexual. Ella aún recordaba el calor en sus mejillas cuando Mike admitió con franqueza que solían usar ataduras. Cuando ella se quejó con él más tarde, él se enfadó y dijo que ese ascenso podría impulsar su carrera. Le recordó que, como su esposa, ella también tenía que estar a la altura.

Fue entonces cuando Carole empezó a sospechar. Esta unidad parecía no tener nombre. No pudo encontrar su base en ningún mapa y ninguno de sus otros contactos en el ejército había oído hablar de ella. Cuando confrontó a Mike, este le dedicó un sinfín de secretos oficiales y luego no volvió a hablar del tema. Carole intentó dejar de lado sus sospechas, pero en secreto esperaba que el traslado de Mike no se concretara. Pero se había concretado y, unos meses después, los recogió un autobús de

carretera con aire acondicionado y ventanas opacas; pronto atravesaron el desierto a toda velocidad hacia su nuevo hogar. El autobús los dejó en el cuartel general. Mientras Mike entraba para hacer su rutina de admisión, notando que tenía una carrera en las medias, Carole se coló en la planta baja de al lado para comprarse unas nuevas.

Mientras estaba en la sección de productos femeninos, se preguntó si habría retrocedido a 1955. No había ni una sola pantimedia, solo medias; incluso estas eran del tipo antiguo, con ligero y costuras reforzadas. Los productos sanitarios estaban junto a las medias y se dio cuenta de que solo las compresas Kotex, las que necesitaban un cinturón para sujetarlas, estaban en los estantes. No había compresas maxi, salvaslips ni tampones; nada que representara todos los avances en comodidad femenina.

Se acercó a la chica que estaba detrás de la caja y le preguntó si la tienda tenía medias. La otra mujer, muy joven y no muy lista, la miró con cara de extrañeza y luego le preguntó cuánto tiempo llevaba en la base. Cuando Carole se lo contó, la chica le pidió su identificación. Después de que Carole se la mostrara, la chica la miró con extrañeza y dijo: «Eres la esposa de un oficial. No necesitarás nada de eso. No está permitido».

Carole estaba demasiado confundida para seguir con la conversación. Regresó a la entrada del edificio del cuartel general y esperó a que saliera. Unos minutos después, estaban sentados en el comedor de oficiales. Drake y Lisel estaban sentados frente a ellos. Drake vestía uniforme y Lisel un traje a medida. El ambiente era muy diferente al que se respiraba en sus reuniones en Chicago. Drake le preguntó a Mike sobre su progreso para establecerse, mientras que Lisel trataba a Carole como a una niña.

Cuando sirvieron el café, Drake miró a Carole con frialdad y dijo: «Carole, todos en esta base somos parte de la estructura militar. Eso significa que, así como Mike me reporta a mí como su comandante, tú reportarás a Lisel como tu superior. Ella puede nombrar a otros para que te guíen, pero toda la autoridad proviene de ella. Harás lo que se te diga sin quejarte. ¿Está claro?»

Carole se quedó tan sorprendida por el repentino cambio que simplemente asintió en silencio. Miró a Mike en busca de alguna señal, pero él parecía tener ojos solo para sus órdenes y sonreía y asentía mientras Drake hablaba. Lisel se acercó y acarició el muslo de Carole por debajo de la mesa.

"No te muevas", susurró en un susurro teatral. Carole se quedó paralizada y aterrorizada mientras la mano se deslizaba aún más hacia sus partes más íntimas. Carole se giró hacia Mike, esperando captar su atención, pero los hombres estaban repentinamente absortos en algún asunto militar. La mano de Lisel pellizcó repentinamente la tierna carne del muslo de Carole y, cuando se giró para protestar, vio que la otra mujer había adoptado repentinamente una actitud fría y dura.

—Discúlpate y sígueme —gruñó—. Tu marido ya ha recibido instrucciones. Nos reuniremos con vosotros más tarde.

Luego se volvió hacia los hombres y dijo dulcemente: "Si nos disculpan, las chicas simplemente iremos corriendo".

Los hombres se quedaron de pie mientras se marchaban. Carole escrutó el rostro de Mike buscando alguna señal de que comprendiera lo que estaba sucediendo, pero sus rasgos no delataban nada. Lisel la acompañó hasta el baño de mujeres, pero la empujó para que pasara por una puerta exterior. Había una limusina militar esperando. Subieron y el conductor arrancó sin instrucciones. Cuando se detuvieron, fue en el hospital de la base.

Carole temblaba de miedo y pavor. Estaba confundida y sola. Deseaba desesperadamente saber qué estaba pasando, pero guardó silencio.

La mujer mayor la condujo más allá de las áreas de recepción y por un largo pasillo. Cruzaron una puerta con el nombre de Lisel y Carole se encontró en una oficina grande. Una puerta en la pared del fondo parecía dar a una especie de sala de reconocimiento. Vio una mesa de reconocimiento y algunos armarios. Lisel rodeó el escritorio, dejando a Carole parada, incómoda. Se sentó con cierta formalidad e hizo como si se quitara los guantes. Parecía relajada y le dedicó a Carole una amplia sonrisa.

No puedo expresarte cuánto he esperado este momento. Ya no nos llegan muchas novedades. Abrió un expediente que tenía en el escritorio frente a ella y leyó una sinopsis precisa de la historia personal de Carole, incluyendo su historial médico. Cuando llegó al aborto que Carole se hizo cuando tenía solo 17 años, la miró con una ceja levantada y dijo: «Podrías haber tenido más cuidado».

Carole sintió que la rabia le calentaba las mejillas. Intentó protestar, pero sus labios temblorosos no le respondieron. En cuanto se dio cuenta de que Carole no iba a morder el anzuelo, Lisel continuó: «Bueno, no importa. No volverá a pasar». Presionó un botón en su escritorio y la puerta se cerró con llave.

Creo que sería mejor que te quitaras toda la ropa ahora. No te preocupes, tengo ropa nueva y bonita para ti. Es solo que la mayoría de lo que llevas puesto no te sirve, no te sirve para nada por aquí.

Carole se quedó boquiabierta mientras intentaba digerir lo sucedido. Sus labios comenzaron a moverse, formando una protesta, pero no le salieron las palabras. No podía imaginar nada

más impensable que desnudarse delante de aquel desconocido. Lisel la observó con expresión divertida durante unos segundos.

“O te desnudas o llamaré a las enfermeras para que lo hagan por ti”.

Carole se estremeció y, aunque su sentido común le decía lo contrario, dejó que sus dedos se deslizaran hacia la parte delantera de su ligero vestido de verano. Lisel sonrió y dijo: «Mejor así, querida. Verás que todo irá mejor si cooperas».

¿Cooperar? Carole sintió como si, como Alicia, hubiera caído en un extraño país de las maravillas donde nada era sensato. Se quitó los tacones y, justo cuando sus dedos desabrochaban el último botón de su vestido, se lo quitó del hombro y se apartó. Una mirada a Lisel le indicó que la otra mujer realmente quería que se desnudara, así que intentó concentrarse en una imagen mental del rostro de Mike, de cuánto lo amaba y de cómo esto debía estar ayudándolo, de alguna manera, mientras se quitaba el sostén.

«La puerta está cerrada», se repetía a sí misma. *«Lo que quiera, ¿qué tan malo puede ser?»*.

Repetía excusas una y otra vez, intentando olvidar lo que realmente estaba sucediendo. En su corazón, sabía que se estaba hundiendo cada vez más en un lugar oscuro, y sin embargo, era incapaz de resistirse. Una vez desnuda, no soportó mirar a Lisel a los ojos. Miró al suelo y escuchó las palabras de la otra mujer.

Qué bien, querida. Un poco más rápido la próxima vez. Ahora quiero que vayas a la sala de preparación, llenes el lavabo con agua tibia y te afeites la entrepierna.

Carol levantó la cabeza de golpe. A pesar de su vergüenza, sus ojos se encontraron con los de Lisel, dispuesta a luchar, a defender su modestia. Pero el poder de la otra mujer era demasiado

fuerte. Una sola mirada le indicó que ya había sacrificado demasiado. Ya no tenía poder de negociación. Lisel señaló la habitación con una mano e hizo un pequeño gesto con la muñeca, como si despidiera a un niño.

Carole apretó los puños mientras se dirigía a la puerta. Estaba, sobre todo, enfadada consigo misma por no haber reflexionado antes. Sabía que estaba demasiado metida en el asunto. Sabía que tendría que hacer lo que Lisel quisiera o sería aún peor para Mike, pero se prometió arreglar las cosas algún día.

Era una sala de reconocimiento, sí, y todo estaba preparado para ella. Solo se había afeitado una vez antes, como parte del rito de iniciación de la hermandad. Le daba miedo tener una cuchilla descuidada cerca, pero la idea de que alguien más tocara ese acero frío la asustaba aún más. Intentó controlarse mientras se dedicaba a la tarea, rezando para que la dejaran sola. Le llevó más tiempo del que pensaba, pero instintivamente se aseguró de que su vulva estuviera perfectamente lisa al terminar. Supuso que Lisel sería perfeccionista en esas cosas, y más tarde supo cuánta razón tenía.

Ordenó y luego, a regañadientes, cruzó la puerta hacia la oficina de Lisel. La otra mujer se levantó para recibirla.

"Me alegra mucho que hayas cooperado", dijo con sinceridad. "Siempre es mejor cuando lo haces por ti mismo. De ahora en adelante, sigue así. Ya entenderás por qué".

Luego tomó a Carole de la mano y la condujo hacia una puerta en la pared opuesta. Al abrirla, Carole se encontró en una especie de taller de aparatos médicos. Había una mesa de reconocimiento obstétrico con estribos, pero también un banco de trabajo bien equipado.

Fue entonces cuando le prepararon su propia versión a medida de la mariposa. Atónita, se dejó llevar, accediendo a cada

petición, sin oponer resistencia mientras demostraban su atroz intención de aprisionar su parte más tierna e íntima. Dos horas después, le permitieron ducharse para quitarse los restos del yeso que habían usado para crear un molde de su vulva. Cuando salió, los técnicos habían desaparecido, dejando la habitación tan limpia y perfecta que Carole se preguntó si solo los había imaginado.

Lisel se acercó y le puso una bata ligera sobre los hombros. Se dio cuenta de que era tan corta que apenas le cubría las caderas, pero aun así la agradeció. Temblaba mientras Lisel la acompañaba de vuelta a la oficina principal. Había un traje y una pequeña caja envuelta sobre el escritorio. Lisel la guió hacia ellos.

—No queda mucho por hacer, querida —dijo Lisel con condescendencia—. Te ayudaré a vestirte.

Abrió la caja y sacó un par de medias de nailon largas y antiguas, iguales a las que Carole había visto en el PX. "Aquí tienes tu primer par de medias", dijo Lisel. "Póntelas con cuidado. Son muy difíciles de encontrar hoy en día, pero a mis chicas no se les permite nada más". Esbozó una sonrisa maliciosa. "A los hombres les gusta cómo mantiene todo abierto y accesible".

Carole se preguntó qué habría querido decir Lisel con "sus chicas", pero tomó una de las medias, la enrolló y se metió los dedos de los pies. Al subirla con cuidado por las piernas, descubrió que le subía más del muslo de lo que esperaba. Tomó la segunda media y la trató con el mismo cuidado. Recordó lo fascinado que estaba Mike con las medias y los ligeros y cómo la animaba a usarlos siempre que fuera posible. Lisel le entregó un ligero. Tenía la cintura ancha y tirantes de aspecto robusto. Era lo máximo, pensó, no una cosita delicada para el tocador. Unos segundos después, había atado las ligas, dejándolas tensas sobre la parte superior de las medias. Se alegró de tener algo que la cubriera por fin.

Lisel le dio un sostén de aspecto robusto que combinaba con el ligero. Al ponérselo, Carole se sorprendió de que le quedara perfecto. Entonces, Lisel le dio un slip. Carole miró ansiosa la caja, buscando bragas, y luego, a regañadientes, dedujo, por su ausencia y por el comentario de Lisel sobre «abierta y disponible», que no le darían ninguna. Se quitó el slip por la cabeza. También le quedaba bien y era de satén blanco de alta calidad. Con casi todo el cuerpo cubierto, Carole empezó a perder parte del miedo y la frialdad que la habían aprisionado durante la mayor parte del tiempo desde que habían salido del comedor.

La mujer mayor sacó la bolsa de plástico de la tintorería del traje. Tenía un corte de los años 50, con falda recta, cintura de avispa y chaqueta entallada. Carole se puso la falda y luego la chaqueta. Le quedaba bien y, con ella, la vida empezó a volver a la normalidad. Se quedó un rato mirándose en el espejo de cuerpo entero junto al escritorio de Lisel y luego se giró para mirar a la otra mujer con renovada confianza en sí misma.

Lisel le entregó un par de tacones altos color crema. Eran elegantes, hechos completamente de cuero y de líneas clásicas. Carole se los puso, sin dudar si le quedarían bien. Eran muy cómodos, aunque mucho más altos de lo que ella habría elegido. Lisel la animó a dar un paseo por la habitación. Al moverse, Carole sintió, como si fuera la primera vez, lo que su madre debió haber soportado como mujer bien vestida de los años cincuenta. La falda era tan ajustada que restringía su andar a pasos cortos y elegantes. Podía sentir el roce de sus muslos envueltos en nailon, y cada movimiento le recordaba las ligas. Sus zapatos eran tan altos que debía tener cuidado de no tropezar. Bajó la vista hacia la chaqueta de su traje y notó con alarma que el sujetador dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos de forma sugerente. Aun así, estaba cautivada por las sensaciones del momento. Dejando a un lado el

trauma de la tarde, abrazó su recién descubierta respetabilidad. No importaba lo que Lisel le había hecho o lo que le haría, si esto llegaba a ser tan malo, Carole sabía que podía manejarlo.

Lisel la invitó a sentarse y, después de que Carole descubriera, para su disgusto, que su falda no le permitía cruzar las piernas, comenzó a familiarizarla con la vida en la que acababa de entrar. Cada palabra de ese discurso se grabó a fuego en la mente de Carole.

Bueno, hemos avanzado, ¿no? Solo quiero tomarme unos minutos para explicarles las reglas. Ahora llevan la ropa estándar que usan las esposas de todos los oficiales cuando están fuera de casa. Un armario con artículos similares las estará esperando en su habitación matrimonial para cuando lleguen. Mis asistentes ya habrán desempacado sus pertenencias y retirado todo lo que no cumpla con nuestro código, incluyendo la mayor parte de la ropa interior, todas las medias, los zapatos bajos, etc. No las aburriré con los detalles ahora. Es una suerte para ustedes que los hombres estén en la ciudad hoy. Si hubieran estado de maniobras, habría tenido que ponerles un cinturón de castidad temporal para cumplir con la Orden Permanente n.º 1, que especifica que todas las mujeres deben *mantener el Seguridad de la persona* mientras los hombres están fuera. Por si se lo preguntan, la seguridad de la persona significa que sus pequeños y conflictivos coños estarán protegidos de dedos indiscretos y penes adúlteros. Por supuesto, me obedecerán a mí y a mi personal sin rechistar en todo momento . Los castigos pueden ser bastante desagradables.

Debes mantenerte afeitada en todo momento . Esto es importante para asegurar un ajuste perfecto de tu cinturón de castidad. Estarás sujeta con él antes de que tu esposo salga de la base. Su propósito es recordarte su ausencia y prevenir la masturbación y la infidelidad. Si te llega la regla mientras llevas el

cinturón puesto, encontrarás clips especiales en el cinturón que permiten colocar una compresa Kotex estándar. Será necesario que uses bragas de plástico o goma durante estos momentos. Puedes comprarlas en el PX. ¿Entiendes estas instrucciones?

A Carole le daba vueltas la cabeza otra vez, pero también sabía con convicción que nada de lo que dijera o hiciera cambiaría las cosas por ahora. Asintió y, ante el gesto de Lisel, se tambaleó hacia la puerta. Oyó cómo se deslizaba la cerradura y Lisel se acercó por detrás para abrirle la puerta. Mike estaba sentado en una silla en el pasillo, esperándola. Corrió a sus brazos, rompiendo a llorar de alivio.

Un leve gorgoteo proveniente del pañal de Tammy interrumpió la ensoñación de Carole. Miró a su mejor amiga y admiró a regañadientes el ingenio de Lisel. Con su mejor actitud de Girl Scout, le dio una palmadita en el hombro y le dijo: «Vamos, niña, meteremos esa caja grande y veremos si Lisel te envió algo para ponerte. Es día de partida, así que nuestra chica favorita celebrará su té del mediodía en nuestro honor».

Tammy se levantó en silencio y caminó con Carole hacia la puerta principal, pero negó con la cabeza cuando llegó el momento de salir a la calle. Sintiendo un poco arrogante, Carole simplemente se encogió de hombros y subió al escalón. Empujó la caja a un lado y la acercó al umbral de la puerta.

Tammy apareció justo el tiempo suficiente para levantarla por encima del alféizar y luego Carole la empujó hacia el recibidor. Tammy cerró la puerta de golpe y se apoyó en ella con un suspiro. Otro pequeño gorgoteo llenó el silencio y la rápida mirada de Carole a la entrepierna de Tammy le indicó que la pobre mujer se estaba orinando sin control.

Las dos mujeres lograron arrastrar y empujar el pesado contenedor hasta la sala. Carole lo abrió y no se sorprendió al descubrir que contenía un surtido de faldas plisadas de corte amplio a juego con los trajes reglamentarios que Lisel les entregaba a todas las mujeres.

Anda, Tam. Pruébate uno. No te va a salir tan mal. Ya verás.

Sacó una falda rosa de la caja y la abrió para que Tammy se la pusiera. Después de que su amiga lo hiciera, se la subió por las piernas y la colocó sobre el pañal abultado, rozando con las manos el plástico suave y tibio de las bragas especiales y sintiendo las gruesas y suaves almohadillas que habían estado alrededor de las caderas de Tammy.

Por alguna extraña razón, Carole sintió una punzada de curiosidad por saber cómo se sentiría usar pañales. Le asombraba no sentir repulsión, pero se reprendía por no ser más comprensiva con la evidente angustia de Tammy. La falda ocultaba el pañal bastante bien. Sus pliegues le daban volumen extra.

Carole la rodeó y le dijo: «Bastante bien. La mayoría de la gente nunca adivinaría lo que llevas puesto. Eso sí, una sugerencia: ten cuidado al sentarte. Es un poco corto y se te notarán las ligas si no tienes cuidado».

Tammy levantó la vista hacia la suya con lágrimas en los ojos. «Ay, Carole. No puedo salir, ni siquiera con la falda nueva. Lisel lo hará público».

Carole le dio a su amiga una palmadita juguetona en el trasero, más para comprobar el grosor de los pañales que por cualquier otra cosa. Estaba luchando contra una aparente atracción magnética hacia los artículos para bebés adultos.

—No tienes muchas opciones, Tam. Si no apareces, Lisel enviará a alguien a buscarte, y no te gustará cómo te tratarán.

Tammy se estremeció y asintió. Carole continuó: «Intenta controlarte. ¿Necesitas un cambio?».

Tammy asintió.

—Entonces, ¿por qué no te ayudo? Puedes ducharte al mismo tiempo.

Tammy subió corriendo las escaleras y se dirigió al dormitorio. El viaje de Carole se vio obstaculizado por su cinturón de castidad, y empezó a arrepentirse de haberse ofrecido como voluntaria para algo que significaría subir otra vez esas malditas escaleras. Pero había algo en ver a Tammy en pañales que la fascinaba. Se regañó a sí misma por encontrarle interés en algo tan extraño, pero tampoco pudo negar la humedad que le inundaba los labios inferiores, aprisionados.

Al llegar al dormitorio, Tammy estaba tumbada en la cama con las rodillas flexionadas y las piernas abiertas, mirándola con una expresión extraña y el pulgar metido en la boca. Carole captó la insinuación al instante y asumió su papel de madre.

"¿Estamos todos mojados?" Tammy asintió. "Bueno, será mejor que te pongamos algo seco didees." Tammy asintió nuevamente.

Carole la hizo girar para que le soltaran la falda. La bajó por las piernas de Tammy y la dobló sobre una silla. Cuando regresó con su hija de mentira, las bragas de plástico casi transparentes mostraban una mancha amarilla oscura que le recorría la pelvis, la entrepierna y casi todo el trasero. Carole no pudo resistir la tentación.

Se frotó la mano sobre la parte delantera de las bragas juguetonamente: "Vaya, qué bueno que tenemos estas bonitas y eficientes bragas de plástico para que las uses o estarías mojando la cama".

Tammy rió y abrió un poco más las piernas. Carole le bajó las bragas de plástico. Tammy levantó las caderas para ayudar. Luego se las quitó y Carole las extendió sobre la cama. El fuerte olor a pis recién hecho llenó la habitación y Carole se sintió absorbida por él como un perfume. Se dio cuenta de que habían usado cuatro alfileres, dos a cada lado, para asegurar el pañal.

Los soltó y tiró del pliegue de tela hacia adelante, pasando por las piernas de Tammy, dejando al descubierto otro pubis afeitado. Podía ver la punta del catéter extendiéndose unos cinco centímetros del clítoris hinchado de Tammy. Esta era la parte que Carole no pensó. Ella podía manejarlo. Obviamente, Tammy se estaba volviendo una niña porque no podía soportar la realidad de lo que Lisel le había hecho.

Sin detenerse, Carole le dijo a Tammy que levantara las caderas. Le quitó el pañal y lo llevó a la bañera. Al regresar, Tammy se exploraba los labios afeitados, haciendo una mueca cada vez que se tocaba el catéter.

"¿Un poco dolorido?", preguntó Carole suavemente.

Tammy asintió, con el pulgar aún en la boca. "¿Quieres un pañal limpio o una ducha?"

Tammy sacó el pulgar de su boca el tiempo suficiente para dar una respuesta de una sola palabra: "Polvo".

Carole lo entendió al instante y fue a buscarlo al botiquín. Efectivamente, había una lata de Johnson's junto al jarabe para la tos. Regresó al dormitorio, extendió una pila de pañales y se los

puso a Tammy, ansiosa. Luego, aplicó el polvo generosamente antes de colocar los pañales entre sus piernas, retorciéndolos una vez y sujetándolos firmemente con alfileres.

Las dos mujeres rieron entre dientes mientras Carole subía las bragas por las piernas de Tammy. Unos segundos después, Tammy estaba a salvo y cómoda dentro de una nueva versión de su prisión genital de tela y plástico. Carole casi la envidió.

Carole ayudó a Tammy a ponerse unas medias, un ligero y una falda. Disimulaba bastante bien los pañales, pero era evidente que Tammy llevaba algo inusualmente acolchado. Después de que Tammy se maquillara y se pusiera tacones, Carole sugirió que la acompañara a la casa de al lado mientras se preparaba.

Unos minutos después, estaban en la habitación de Carole. Tammy estaba sentada en la cama mientras su amiga hacía muecas por el efecto del cinturón de mariposa mientras se esforzaba por ponerse las medias. La infantilidad del cambio de pañal había desaparecido. Tammy era una mujer de nuevo.

"No sé quién está peor, tú o yo", dijo en voz baja.

—Sé lo que quieres decir. Nunca me acostumbro a este maldito cinturón. Estoy convencida de que Lisel quiere que estemos tan desesperados por salir de ellos que haremos lo que quieran cuando regresen de una misión.

"Los pañales no me ponen cachonda", dijo Tammy simplemente.

Carole no respondió. No podía. Mentiría si aceptara.

"¿Me pregunto si algún día usaré pañales?", se preguntó mientras la humedad aumentaba la pregunta.

-El fin-

***Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en
www.abdiscovery.com.au***